



CÓMO SE OBJETIVÓ UN GRUPO SOCIAL: LOS “CUADROS” EN FRANCIA, 1936-45

How a social group objectified itself: "Cadres" in France 1936-1945

Luc Boltanski¹

Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS)

boltansk@ehess.fr

Resumen:

La categoría de los “cuadros” (*cadres*) plantea un problema particular a la sociología: el de su existencia misma. Frente a las concepciones sustancialistas y naturalistas de los grupos sociales, que centran sus análisis en los criterios “objetivos” de delimitación de los grupos y en sus determinaciones externas, el texto analiza la formación de los “cuadros” a partir del trabajo social de definición y delimitación que contribuyó, objetivándolo, a hacerlo existir como algo evidente. Para ello, estudia la coyuntura histórica en la que el grupo se constituyó. La categoría aparece en los años 30 en Francia, en el seno de las luchas sociales y políticas que acompañan a la reconversión de la burguesía y la pequeña burguesía tradicionales (como “clases medias” o “Tercer Partido”). Pero no será hasta después de la Segunda Guerra Mundial cuando alcance un reconocimiento oficial, se enraíce en las instituciones, tome conciencia de su propia existencia y se realice plenamente.

Palabras clave: cuadros, objetivación, grupos sociales, clases medias, representaciones.

Abstract:

The “cadre” category poses a particular problem for sociology: that of its very existence. Against substantialist and naturalistic conceptions of social groups, which focus on the “objective” criteria whereby the group must be defined or in its external determinations, this paper analyses the formation of the “cadres” focusing on the social effort of definition and

¹ Sociólogo, director de estudios en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS) de París y miembro fundador del Groupe de Sociologie Politique et Morale (GSPM). Este texto se publicó en inglés en *Social Science Information* en 1984 (vol. 23, nº 3, pp. 469-491). Presenta una versión resumida de algunas de las tesis desarrolladas en su célebre obra *Les cadres. La formation d'un groupe social* (París, Editions de Minuit, 1982), inédita en castellano. Se ha empleado esta última obra (introducción y capítulos 1 y 2), de la que fue extraído el texto, para ser lo más fieles posible al francés original. Diferenciaremos las notas del traductor inglés (Richard Nice) y las nuestras con los códigos *N. del T. I.* y *N. del T.* respectivamente. Traducción: Javier Rujas Martínez-Novillo.

delimitation which, by objectifying it, helped it to achieve existence as something taken for granted. For this, it studies the historical conjuncture in which the group constituted itself. The category appeared in the 1930s in France, within the social and political struggles which accompanied the reconversion of traditional *bourgeoisie* and *petite bourgeoisie* (as “middle classes” or “Third Party”). But it is after the Second World War when it achieved official recognition, became rooted in institutions, became aware of its own existence and thus achieved full reality.

Keywords: *cadres*, objectification, social groups, middle classes, representations.

La categoría de los “cuadros” (*cadres*) plantea un problema particular a la sociología: el de su existencia misma. Esta “categoría nativa”, característica de Francia, es específica tanto en virtud del término que la designa (no tiene equivalente en inglés o alemán, por ejemplo) como en virtud de la serie de ocupaciones que recubre². Combina en el mismo agregado grupos sociales muy distintos unos de otros en muchos aspectos. ¿Qué tienen en común un gran empresario parisino, nacido en la gran burguesía y educado en una de las *grandes écoles*³; un antiguo obrero convertido en jefe de taller; un representante de ventas; y un ingeniero de investigación aeroespacial formado en el CNRS⁴? Cada uno de ellos puede afirmar ser un “cuadro”. Sin embargo, casi todo les distingue: origen social, cualificación, ingresos, tipo de actividad profesional, incluso estilo de vida y opiniones políticas. ¿Puede hablarse de los “cuadros” como si constituyeran un grupo unificado, o incluso un sujeto colectivo capaz de acciones y voliciones (como hace la gente comúnmente cuando produce declaraciones como: “Los cuadros son...”, “Los cuadros hacen (esto o lo otro)...”, “Los cuadros quieren...”, etc.)? ¿O, en vista de la diversidad interna de la categoría, de su heterogeneidad, debemos negarle cualquier existencia “objetiva”? Mero artefacto estadístico o “ilusión ideológica”, la categoría de los “cuadros” no existiría como “grupo” real. Pero, en ese caso, ¿qué hacer con los individuos que afirman pertenecer al grupo, con los “cuadros” de carne y hueso; y cómo dar cuenta de aquello que, en las actitudes y comportamientos de las personas reales, escapa a la lógica agregativa del mercado y a la búsqueda racional del interés “personal”, y se orienta en función de la creencia en la existencia de una persona colectiva?

La única manera de escapar de las contradicciones en las que suele encerrarse el debate teórico sobre los “cuadros” es tomar en serio tanto la existencia del grupo (¿qué “ciencia” soberana podría invocarse para cuestionar la “realidad” de un principio de identidad en el que los agentes mismos creen?) como las dificultades casi insalvables encontradas en el esfuerzo por definir y establecer criterios “objetivos” (en lugar de tratarlas como contrariedades inevitables pero superficiales). Estas dos exigencias no son incompatibles, siempre y cuando se abandone la concepción sustancialista de los grupos sociales que, en un buen número de casos, subyace al discurso sociológico sobre el mundo social y, en particular, sobre la estructura socio-profesional. Para tratar con objetos delimitados y palpables, la sociología de los grupos profesionales oscila con frecuencia entre dos procedimientos que, de hecho, no son mutuamente excluyentes: o bien el grupo en cuestión es definido por referencia a una tipología formal construida para los fines de la investigación; o bien el objeto es

² La palabra francesa *cadre* tampoco tiene un equivalente exacto en español. Si la primera se refiere a una serie de categorías socio-profesionales –como muestra el texto–, la palabra española “cuadro”, que se refiere a los mandos del ejército, la administración, la empresa o los partidos políticos, no ha tenido los mismos usos ni la misma relevancia social. No obstante, la traducimos por “cuadro” para facilitar la lectura, como se ha hecho en otras traducciones del autor (*N. del T.*).

³ Las *grandes écoles* son instituciones de educación superior independientes de las universidades, que reclutan a sus alumnos por medio de exámenes de selección e imparten formación de “alto nivel”. Escuelas de élite, forman por lo general a altos cargos de la administración estatal, altos ejecutivos de empresas e ingenieros (*N. del T.*).

⁴ Centre National de la Recherche Scientifique, equivalente francés del CSIC (*N. del T.*).

tomado en sus propios términos, con su nombre común y sus representaciones comunes, y es racionalizado buscándole un fundamento al grupo fuera de sí mismo, por lo general en el cambio tecnológico y en la división técnica del trabajo, con el fin de darle una unidad sustancial y un contorno objetivo y preciso.

Las concepciones naturalistas de la relación entre el mundo de la tecnología y el mundo social olvidan que la división del trabajo potencialmente inscrita en el mundo objetivado de la tecnología sólo se actualiza en el orden específicamente social a través de sistemas simbólicos en los que las divisiones entre grupos y entre clases se expresan explícitamente. Pero la relación entre la determinación técnica (o económica) y los fenómenos simbólicos que la traducen en el orden del lenguaje, en la forma de nombres colectivos, representaciones, emblemas o taxonomías, está a su vez mediada por los conflictos entre agentes dotados de propiedades objetivas parcialmente diferentes (lo que también significa con propiedades parcialmente comunes), por las estrategias que los agentes despliegan en dichos conflictos y por su conciencia de estas luchas y de los intereses en juego en ellas. No se trata, por supuesto, de negar la relación entre las divisiones técnicas y las divisiones sociales, lo que sería absurdo, sino de subrayar, por un lado, que la tecnología no es exterior a lo social, y, por otro, que entre las constricciones técnicas y los ensamblajes sociales hay espacio para el juego de estrategias que rige las relaciones entre las palabras y las cosas, los grupos y sus nombres, y que permanece oculto cuando se usa una definición naturalista de los grupos sociales (véase Bourdieu y Boltanski, 1975). Los “cuadros” ofrecen sin duda una oportunidad especialmente propicia tanto para anular el obstáculo sustancialista como para analizar las razones que dan al sustancialismo su fuerza y atracción, puesto que las resistencias muy vivas que este objeto socialmente construido opone a todo intento de definición sustancial no han evitado la constitución de una problemática en la que diferentes teorías se contradicen entre ellas, aún cuando todas ofrecen definiciones sustanciales del grupo.

Las mismas observaciones son válidas, *mutatis mutandis*, para la historia social, que, en el estudio diacrónico de los grupos socio-profesionales, se deja atrapar con frecuencia entre dos posiciones contradictorias. Por un lado, hacer como si el grupo hubiera existido siempre, pero en el silencio de la objetividad, o, como por error (las “nomenclaturas” deben “ir a la zaga” del “mundo real”), bajo otros nombres. Esta es la tentación a la que sucumbe con demasiada frecuencia la historia cuantitativa, en su afán de obtener series estadísticas homogéneas a cualquier precio, en general mediante varias manipulaciones. O, por el contrario, hacer como si la existencia del grupo se remontara al día en que se instituyó el término que lo identifica específicamente y en que fueron ideados los medios de representarlo y contarlo. En ambos casos, el trabajo social que dio al grupo su forma y visibilidad suele ocultarse, ya sea porque su “existencia” se subordina al desempeño de funciones sociales definidas de forma atemporal (algunos escritores, incluso, utilizan el término “cuadros” para designar a los ingenieros o administradores del Estado de los siglos XVIII o XIX) o porque su emergencia se atribuye a una repentina mutación técnica y/o económica cuyos efectos se ejercerían de forma mecánica.

Para escapar del círculo de los debates infinitos e irresolubles sobre la “posición de clase” de los “cuadros”, debe abandonarse primero la idea de dar una “definición preliminar” del grupo y tomarse como objeto de estudio la coyuntura histórica en la que los “cuadros” se constituyeron en un grupo explícito, con un nombre, organizaciones, portavoces, sistemas de representación y valores. En lugar de intentar determinar los “criterios” mediante los cuales el grupo “debe” definirse y las “fronteras” que se le “tienen” que dar para obtener un objeto palpable y bien delimitado (lo que con frecuencia equivale, como se ha dicho, a fundar el grupo en el orden de la pura determinación técnica y de la división técnica del trabajo), se puede, por tanto, tratar de dar cuenta de la forma tomada por el grupo analizando el *trabajo social de definición y delimitación* que acompañó a la formación del grupo y que contribuyó, objetivándolo, a hacerlo existir como algo evidente.

La emergencia de los “cuadros”

En la literatura anterior a los años treinta (novelas, obras de teatro, etc.), no se encuentra ninguna huella de los “cuadros”. No están representados. Están igualmente ausentes de los censos estadísticos, en los que no aparecen hasta después de la Segunda Guerra Mundial (véase Desrosières, 1977). La ley los ignora, y ninguna organización los invoca. En la evolución de la estructura de clases y del trabajo de representación que la acompaña, los años treinta son ciertamente un periodo decisivo y la emergencia del término “cuadro” y de los “movimientos de cuadros” vinculados a los “movimientos de clase media” es sólo un elemento entre otros del trabajo de redefinición ideológica emprendido por la burguesía y la pequeña burguesía. Éste culminó en el periodo 1934-1938, cuando el fortalecimiento del movimiento obrero intensificó la lucha de clases. El objetivo de este esfuerzo ideológico es imponer una representación ternaria del mundo social, centrada en la “clase media”, el elemento “sano” y “estable” de la “nación”, calcada a su vez de la representación del espacio político que se forma entonces en las vanguardias de la nueva derecha, con la “Tercera Vía” entre los dos extremos del “colectivismo” y el “capitalismo”⁵. Esta ideología encuentra entonces un relativo fundamento en la realidad social. Para entender la fuerza que adquiere en el periodo de entreguerras el discurso sobre las “clases medias” (que no es en sí mismo una invención de los años treinta), hay que remitirlo también a los cambios económicos contemporáneos, en particular la inflación y la crisis que afectaron entonces a amplios sectores de la burguesía y la pequeña burguesía. La ideología que preconizaba la unión y movilización de la “clase media” seguramente no habría conocido una recepción tan atenta si no hubiera encontrado un terreno favorable para su difusión en las contradicciones objetivas que se estaban formando o profundizando entonces (entre grandes y pequeños empresarios, entre la función pública y el sector privado, entre las fracciones “independientes”⁶ y las fracciones “asalariadas” de la burguesía y la pequeña burguesía, etc.). De hecho, todo sucedió como si hubiera tenido primero como función social negar las fracturas sociales que se estaban abriendo entonces.

Pero el modelo ternario del espacio social no se construyó *ex nihilo*. Extrajo sus materiales –esquemas de pensamiento, vocabulario, emblemas, etc.– esencialmente de dos fuentes. Primero, del “catolicismo social”. Obligados, desde finales del siglo XIX, a luchar en dos frentes, contra el socialismo por un lado y contra la burguesía liberal laica por otro, y a encontrar, entre ambos peligros, los “justos pasos”, como dice Pierre Droulers (1969: 11), los católicos sociales fueron llevados a elaborar un esquema ternario trasladable tanto al espacio político como al espacio social⁷. Segundo, el llamamiento a las “clases medias” y la atención creciente que se les otorga no pueden comprenderse tampoco si se hace abstracción de la referencia al fascismo, que, en Alemania y sobre todo en Italia, es solidario de una organización “corporativista” del mundo social en la que las “clases medias” deben ocupar una posición estratégica. El Estado fascista se usó de dos maneras: la

⁵ La “Tercera Vía” no se refiere aquí a la célebre obra del sociólogo británico Anthony Giddens (de 1998), sino a un discurso o ideología que se desarrolla mucho antes en Francia, en los años treinta del siglo XX, alrededor de las “clases medias” como elemento intermedio entre la clase obrera y la patronal (*N. del T.*).

⁶ En Francia, se usa el término “trabajador independiente” (*travailleur indépendant*) para referirse a lo que se conoce en España como “trabajador autónomo” o “trabajador por cuenta propia” (*N. del T.*).

⁷ Las corrientes del catolicismo social reconocidas por la jerarquía eclesiástica entre guerras se formaron, en el siglo XIX, en círculos legitimistas. Los católicos sociales que surgieron de la aristocracia legitimista no buscaban adaptar la Iglesia al “mundo moderno”, a la sociedad “liberal” que había emergido de la revolución de 1789, sino más bien, con espíritu de contra-revolución, inventar una nueva solución que permitiera “superar” el liberalismo. Así, desde el principio, el “catolicismo social” se opuso a “dos errores fundamentales”: el “socialismo colectivista” y el “liberalismo” –el “liberalismo político-social” y el “liberalismo económico” (véanse Mayeur, 1977; y Poulat, 1977, especialmente pp. 135-161). Por tanto, desde la segunda mitad del siglo XIX, los católicos sociales producen esquemas que encontrarían las condiciones sociales y políticas más favorables para su difusión en los años treinta.

mayor parte de las veces implícitamente, como un modelo; explícitamente, como un instrumento de presión: dad a las “clases medias” lo que piden si no queréis que sucumban al fascismo, como en otros lugares. Así, la adhesión a representaciones y a una temática que se toman prestadas con frecuencia del fascismo italiano se presenta como el medio, el único medio, de prevenir el “peligro fascista”.

El uso del término “cuadro” como un concepto unificador y la constitución de los “cuadros” en grupos de presión que demandan un reconocimiento oficial en el espacio de las luchas políticas son inseparables de las numerosas tentativas de recuperación del control y de restauración del orden social que siguieron a las huelgas de 1936. Dos tipos de movimientos, que mantenían relaciones organizativas y, a través de sus dirigentes y portavoces, relaciones personales muy estrechas, se crean o se desarrollan en los años treinta y sobre todo después de las huelgas de junio de 1936 (más precisamente, de finales de 1936 a finales de 1938). Por un lado, movimientos que buscaban reunir y defender a las “clases medias”; por otro, movimientos de ingenieros y de “cuadros” (la palabra empieza a usarse en ese periodo, pero sólo se impondrá bajo Vichy) que, después de 1936, toman esencialmente la forma de “sindicatos”. El sindicalismo de los ingenieros está directamente relacionado con las huelgas de la primavera de 1936. Fue en 1936, entre los ingenieros de fábrica, cuando se constituyó la temática hoy rutinizada de los “cuadros mal queridos (*mal aimés*)”, chivos expiatorios y olvidados, blanco favorito de los obreros, abandonados por los patrones, atrapados entre “el yunque de la plutocracia y el martillo del proletariado” (Clerc, 1939: 20). Los portavoces de los movimientos de ingenieros se quejan de que “se desconocen los derechos y los intereses legítimos de esta clase media que constituyen los ingenieros y los capataces (*agents de maîtrise*)” (*Écho de l'USIC*, enero de 1937)⁸. La referencia a las “clases medias” tiene una función de afiliación simbólica. Establece un vínculo explícito entre la acción de los sindicatos de ingenieros y la acción de movimientos de clases medias (a los que se unirán la mayoría de las veces los sindicatos de ingenieros y de cuadros) que, como los sindicatos de ingenieros, se multiplican después de 1936.

El interés considerable que conoce la “cuestión de las clases medias” en los años 1935-38 está directamente relacionado con la coyuntura social y política. A mediados de los años treinta, era un lugar común de la ciencia política declarar a las “clases medias” en “crisis” (sobre todo después de la deflación brutal de 1935) y ver en la “crisis de las clases medias” un factor potencial de “cambio político”. La mayoría de las formaciones políticas se comprometen entonces a defender a las clases medias, bien para conservar su electorado, bien para atraer hacia ellas al electorado “descontento” de otras formaciones. Fue el caso del Partido Socialista y también del Partido Comunista, que, tras abandonar la línea “clase contra clase”, preconizó la alianza del “proletariado”, el “campesinado” y las “clases medias”. Pero también fue el caso para la derecha, en particular la derecha católica, que encontró en la crisis la ocasión para retomar una parte de su electorado del Partido Radical. La captación de las clases medias es así uno de los principales objetos en juego (*enjeux*) en las elecciones de 1936 (y, después, del Frente Popular).

Los movimientos de clases medias y el sindicalismo de los ingenieros y de los cuadros hay que relacionarlos con la contraofensiva de la derecha y, en particular, del catolicismo social. Su función es arrebatar la pequeña burguesía a los partidos de izquierda y movilizar a las fracciones de las clases medias más opuestas al Frente Popular. Pero la formación de los sindicatos de ingenieros y de “cuadros” y de los movimientos de clases medias constituyó también una respuesta a la especie de oficialización de la que gozaba la CGT⁹ desde los acuerdos Matignon. Las discusiones oficiales entre la CGPF, la CGT y el Estado, el desarrollo de los conve-

⁸ USIC: Union Sociale des Ingénieurs Catholiques. Una asociación de ingenieros, en su mayoría graduados de las *grandes écoles* y, en particular, de la Ecole Centrale. Inspirada por el “catolicismo social” y vinculada a Action Populaire, fue muy influyente en el periodo de entreguerras (*N. del T. I.*).

⁹ CGT: Confederación General del Trabajo. La mayor organización sindical de Francia, cercana al Partido Comunista. CGPF: Confederación General de la Patronal Francesa, la federación de empresarios francesa (luego CNPF, hoy Medef). Los acuerdos Matignon fueron el resultado de las conversaciones tripartitas (CGPF, CGT, Gobierno) en junio de 1936, a consecuencia de la ola de huelgas (*N. del T. I.*).

nios colectivos y la multiplicación de los “consejos” (*conseils*) (como el Conseil national économique) y los grandes organismos profesionales tienden a modificar las condiciones de la lucha de clases. Los conflictos sociales no quedan ya confinados en la sociedad civil, en el orden de lo privado: enfrentamientos en el seno de organizaciones privadas, empresas, entre los patrones propietarios de pleno derecho y los obreros, personas privadas cuyas organizaciones privadas no eran reconocidas. Se convierten en una cuestión de Estado, acceden al orden de lo público, de la negociación oficial, legalmente sancionada (la legislación laboral se desarrolla considerablemente en esa misma época). En este nuevo espacio de juego, todos quieren estar presentes, representados. Las asociaciones de clases medias y los nuevos sindicatos se constituyen inicialmente para hacer acto de presencia en el seno de las nuevas instancias de arbitraje donde se enfrentan ya los representantes del Estado, de la gran patronal y de la clase obrera, para desarrollar la lucha de clases y, más precisamente, para contrarrestar a la vez la influencia de la CGT y del gobierno del Frente Popular, aliado y “cómplice” de la clase obrera. Fue la necesidad de ajustar las condiciones de la lucha de clases al cambio relativo de la relación entre la sociedad civil y el Estado lo que forzó a los grupos y clases cuya dominación relativa estaba hasta entonces asegurada a través del juego de las acciones y reacciones prácticas, a definirse explícitamente, a dotarse de instancias de representación política y, siguiendo el ejemplo de la clase obrera, a pensar su unidad y fronteras en los términos voluntaristas de la “toma de conciencia”.

El “tercer partido” (*tiers-parti*)

A imagen del movimiento obrero y contra él, debía constituirse un movimiento de clases medias, reagrupar a las capas medias y, proporcionándoles explícitamente principios de identidad y unidad e instancias de representación unificadas, transformar esas masas inciertas e inertes en una *clase* capaz, por su fuerza y por su número, de equilibrar, contener y vencer a la clase obrera. Paradójicamente, fue la reacción al movimiento obrero lo que llevó a algunos de los más irreductibles adversarios del marxismo a apropiarse de un lenguaje, el de las clases sociales, contra el que no habían dejado hasta entonces de luchar.

“Toda clase social” –escribe el padre Desqueyrat, un jesuita de Action Populaire¹⁰ que ejerció una notable influencia sobre los movimientos de clases medias y de ingenieros, y cuya obra *Classes moyennes françaises*, publicada en 1939, hacía el balance del conjunto de esfuerzos llevados a cabo desde 1936 para unificar las clases medias– “está en la confluencia de una ‘mística’ y de una estructura económica. Las clases medias no son una excepción a esta regla general”. Y esta “mística” que debe ejercer sobre las “clases medias” el poder de constitución que el marxismo ejerció sobre la clase obrera no puede ser otra, dice el padre Desqueyrat (1939: 109), que el “personalismo”, “puesto que la única ‘mística’ adaptada a su papel social, la única capaz de salvarles es, sin contestación posible, la mística que tendrá por principio y fin el culto de la persona. Fuera de la persona y del personalismo no hay salvación para las clases medias”.

Así como hay que sustituir la revolución socialista por una “revolución espiritual”, hay que fundar la clase sobre un “principio espiritual” y no sobre la simple convergencia de los intereses materiales. El “personalismo”, que rechaza a la vez el “individualismo” asociado a los excesos del capitalismo liberal y el “colectivismo”, debía fundar la clase como una “comunidad intermedia natural” (Loubet del Bayle, 1969: 355) entre el Estado y el individuo, lo que hacía de ella un elemento del *orden corporativista* que los ingenieros y activistas de las “clases medias” anhelaban. En este orden, el mundo social está dividido en tres partes: “Un país –escribe el padre Desqueyrat– donde las ideologías e intereses de dos clases rivales opuestas chocan constantemente sin que una tercera clase social esté en medida de imponer un arbitraje está en un estado latente de guerra civil, estado que acaba siempre con la dictadura de uno u otro de los dos adversarios”. Todo ocurre como si los agentes y grupos que emprenden ese trabajo de reordenación simbólica del mundo social reprodujeran

¹⁰ Action Populaire agrupaba los movimientos “católicos sociales” bajo la autoridad de los jesuitas (*N. del T. I.*).

así, en el campo de la taxonomía de las clases, el esquema ternario constituido en el campo de la taxonomía política, donde la lucha contra el comunismo, adversario privilegiado, estaba reforzada por el efecto de simetría que procura la designación, por formal que sea, de un segundo polo extremo. El “Tercer Estado”, el “Tercer Partido”, las “clases medias” se definen en adelante por una doble oposición: primero, evidentemente, por oposición a la clase obrera, pero también, algo relativamente nuevo, por oposición al “capitalismo”, al “gran capital”, a la “oligarquía”, a la “plutocracia”. Esta reordenación taxonómica tiene como efecto fundamental romper simbólicamente la “burguesía”, como agregado constituido y representado, y, con este golpe de fuerza, iniciar la serie de negaciones por las que la burguesía, dejando de designarse y representarse como tal, sustituirá la antigua imagen del “burgués” por estereotipos nuevos que son eufemismos: el “cuadro”, el “intelectual”, etc. Los “ingenieros católicos” –puede leerse en *L’Echo de l’USIC* de enero de 1938– pertenecen a la “élite de la clase media”. ¿Podría imaginarse un mejor eufemismo para designar a la burguesía? Pertenecen a las “clases medias” y no, en consecuencia, a la burguesía. Pero, al mismo tiempo, se escapan de éstas, puesto que la “élite” está, como se dice en la resolución que concluye la *Semaine sociale* consagrada a las clases, “fuera de clase (*hors classe*)”: “las élites” son “susceptibles de nacer, de desarrollarse en el seno de cada clase” y su “vocación propia” les “prohíbe todo particularismo de clase” (*Semaines Sociales de France*, 1939: 537)¹¹. La invención de la “clase media”, como un conjunto capaz de contener el avance de la clase obrera, unifica simbólicamente amplias zonas del espacio social y anexiona una parte importante de los territorios sociales hasta entonces reconocidos como pertenecientes a la burguesía. Pero no le basta con absorber a la burguesía y negar así su existencia. Exige también, por definición, la constitución de un segundo polo formalmente simétrico con respecto a la clase obrera. Éste es constituido autonomizando una fracción limitada, la más pequeña posible (podría reducirse incluso a “200 familias”), de la burguesía, cuyo poder se ejerce sobre los grandes bancos y sobre las grandes sociedades anónimas.

¿Cómo definir las clases medias?

Sabiendo que la “reunión de las clases medias” es un arma contra el movimiento obrero, se comprende el encarnizamiento con el que se debatía la cuestión del peso relativo de las “clases medias”. Lejos de ser un problema puramente “científico”, “sociológico” o “estadístico”, el recuento de las clases medias constituyó, en efecto, un objeto (*enjeu*) mayor de la lucha ideológica entre las clases. Había que demostrar que la “clase media” es al menos tan importante numéricamente como la “clase obrera” y, en consecuencia, que, en una lógica estrictamente agregativa (es decir, “democrática”), con mayor motivo si se tiene en cuenta su mayor “importancia económica y social” (posee una parte importante del patrimonio), debe ser reconocida como el primer sujeto colectivo de la “nación”. Pero, para ser contado, el grupo tiene que definirse, y ésta no es tarea fácil.

¿Cómo pensar, en su unidad, un agregado que se escapa por todas partes? La primera dificultad tiene que ver con la dispersión de los grupos que se trata de reunir en la distribución de la riqueza. Se resuelve con el recurso a la oposición entre el patrimonio y el capital, homóloga a la oposición entre la “clase media” y la clase dominante plutocrática. En los años treinta, era aún la propiedad del patrimonio, individual o familiar, lo que se invocaba la mayor parte de las veces para definir a la “clase media” y lo que supuestamente constituía el vínculo entre los rentistas (*rentiers*) (incluso si ejercen también otra profesión) y aquellos cuyo patrimonio constituye su instrumento de trabajo: artesanos, comerciantes, pequeños industriales, etc. Se sigue de esto que la diversidad de posiciones ocupadas en la distribución del patrimonio y de los ingresos sólo puede negarse porque es precisamente la ceguera a las diferencias cuantitativas lo que funda la unidad de las clases

¹¹ Las “semanas sociales” eran un seminario anual, que empezó en 1904 y era al principio confidencial. Entre guerras, se convirtieron en un lugar mayor de la producción ideológica católica. Cada año reunían a sacerdotes, militantes de los movimientos y sindicatos católicos, empresarios y académicos, para debatir un tema contemporáneo (*N. del T. I.*).

medias. Pertenecen a ella “naturalmente” todos aquellos que poseen el “espíritu de ahorro” y el sentido del patrimonio, sea cual sea la importancia del patrimonio poseído. Es la posesión de un “patrimonio personal” lo que opone a los miembros de las “clases medias” a la “oligarquía” y a la “plutocracia”, definida ésta por la participación en el capital, en el capital “anónimo”, colectivo, desencarnado, sin “raíces”, separado de la “persona”, la “familia” y la “nación”, de las grandes sociedades por acciones, de las sociedades anónimas y sin alma, de los “trusts”.

Pero el criterio del patrimonio, una de cuyas funciones es unificar simbólicamente a la “clase media” neutralizando la oposición entre los “pequeños rentistas” y los “grandes propietarios”, los “pobres” y los “ricos”, es también el principal obstáculo que impide reducir otro principio de dispersión más temible: el que opone las fracciones “independientes”¹² de las “clases medias”, comerciantes o pequeños empresarios, a las fracciones “asalariadas” cuyos miembros están dotados de una competencia técnica y con frecuencia de un título escolar. En los años treinta, aún cuando la posesión y puesta en valor de un patrimonio siguen siendo el criterio dominante de pertenencia a las clases medias, los corporativistas no saben bien cómo vincular *en teoría* a estas clases un grupo, el de los ingenieros y los cuadros, cuya pertenencia a las clases medias reconocen no obstante en la práctica, sin poder explicitarlo siempre. Los ingenieros y cuadros ocupan así, en el discurso sobre las “clases medias”, una posición a la vez marginal y central. Central, porque ningún grupo está objetivamente mejor situado para representar y encarnar en una sustancia el fantasma ideológico de la tercera fuerza, el Tercer Partido, intermediario y árbitro entre la clase obrera y la patronal: el “ingeniero”, mediación entre la “dirección general” y los “escalafones inferiores de ejecución”, sería un “artesano de la colaboración social” (*Echo de l’USIC*, junio de 1935). Pero también marginal y ambigua porque aquellos que buscan fundar la unidad de las “clases medias” en un principio racional o, si se prefiere, siguiendo el ejemplo del marxismo, en criterios “objetivos”, no consiguen despegarse de una representación tradicional de las clases medias cuya figura central es el pequeño empresario independiente, laborioso y ahorrador. Ahora bien, según la estructura ideológica fundamental que constituye la oposición del “capital” y el “patrimonio”, los “cuadros”, particularmente numerosos en las grandes empresas, parecen más bien del lado del capital. Este dilema fundamental se resuelve, simbólicamente, a través de múltiples juegos sobre la palabra “patrimonio”.¹³

En el proceso por el cual los “cuadros” accedieron a una existencia social oficial, hay un elemento que, *retrospectivamente*, parece paradójico: esta categoría, que todos los comentaristas –analistas expertos o portavoces políticos– se pondrán de acuerdo, algunas décadas más tarde, en calificar de “nueva” para oponerla a las fracciones “viejas” y, más concretamente, a los pequeños empresarios, se constituyó en grupo explícito, reconocido y nombrado por un trabajo político e ideológico que asociaba en un mismo conjunto y pensaba juntas, a través de las mismas categorías mentales, las fracciones llamadas “en declive” (*en déclin*) y las fracciones llamadas “ascendentes” (*montantes*) del campo de las empresas.

Los años treinta fueron un periodo de transición en el que, aunque el número de asalariados burgueses estaba aumentando, los pequeños empresarios, los patrones todavía constituían un grupo demasiado importante numéricamente y socialmente como para no ser considerados el elemento central de las clases medias. Los patrones representaban de hecho alrededor del 38% de la población activa en 1931. Asistimos, no obstante, a una disminución lenta (que prolonga una tendencia iniciada a principios de siglo) de las unidades muy peque-

¹² Ver nota 6 (*N. del T.*).

¹³ “Los cuadros”, dice el padre Desqueyrat, “con excepción de los cuadros subalternos y algunas individualidades de los cuadros superiores”, pertenecen “generalmente” a las “clases medias”. Muestra de ello es que “miran con benevolencia el sindicalismo de las clases medias, si bien rechazan su adhesión al sindicalismo obrero y al sindicalismo patronal”. ¿Cómo, se pregunta Desqueyrat, “explicar esta anomalía”, puesto que “los cuadros son asalariados y no encuentran su razón de ser más que en el gran capitalismo”? La respuesta es, según él, que los cuadros, que deben su “situación al esfuerzo personal indefinidamente renovado” y que “creen en el ahorro en lo que respecta al presupuesto familiar”, “constituyen la revancha del capitalismo de ahorro en el interior mismo del capitalismo de crédito” (Desqueyrat, 1939: 28-29).

ñas. Así, el porcentaje de población activa ocupada en el sector industrial empleada en establecimientos de 1 a 4 asalariados pasa de un 21% en 1926 al 16% en 1936. La proporción de artesanos disminuye hasta la crisis (de un 14% en 1926 a un 12% en 1931), pero vuelve a aumentar a un 17% en 1936, fenómeno relacionado con el desempleo industrial (véase Didier y Malinvaud, 1969).

Es por definición imposible evaluar numéricamente el “aumento de los cuadros”, puesto que ni su definición ni la categoría estadística que permitía aislarlos se habían constituido aún. Varios indicios sugieren, sin embargo, que la proporción de aquellos que encontraron en el término de “cuadro” un vínculo y un instrumento de unificación simbólica tiende a aumentar en ese periodo. Estos son: 1) el crecimiento de la proporción de “empleados” (en el sentido de los antiguos censos, incluyendo a los “empleados superiores”) en la población activa, que pasa de 11,5% en 1926 a 15,1% en 1946 (véase Cahen, 1953); 2) el crecimiento del sector servicios, particularmente claro durante el periodo 1926-1936; 3) el aumento del número de agentes ocupados en el sector de las “profesiones liberales” (categoría que, hasta 1946, no estaba caracterizada, como hoy, por el estatuto de “independiente”¹⁴, sino por el “ejercicio de un trabajo altamente cualificado que exige competencias intelectuales”), que pasa de 657.000 en 1926 a 821.000 en 1936; 4) finalmente, entre las “profesiones liberales”, el aumento del número de “expertos y técnicos”, que pasan de 76.138 en 1926 a 126.415 en 1936.

La separación

Fueron una vez más las grandes huelgas las que precipitaron la separación entre “patrones” y “asalariados”, llevando a los ingenieros “asalariados” a definirse explícitamente como tales por oposición a los “patrones”. Para reivindicar acceso a las instancias de representación y arbitraje al mismo nivel que los sindicatos obreros, y para llevar a cabo una estrategia difícil (y exitosa) consistente en oponerse a las organizaciones obreras en su mismo terreno beneficiándose al mismo tiempo de las ventajas que consiguen obtener de la patronal (los ingenieros y “cuadros” serán los primeros beneficiarios de la nueva legislación laboral que se establece al final del periodo de entreguerras), los ingenieros tuvieron que extraer de sus filas a los “patrones” para no conservar más que a los “asalariados”, por medio de un verdadero trabajo de depuración (como se habla de depuración de un partido o de un cuerpo). Por ejemplo, el Syndicat d’Ingénieurs Salariés (SIS) creado por la USIC el 13 de junio de 1936, una semana después de la creación de la Federación de Técnicos de la CGT, no tenía, a diferencia de la USIC, ninguna etiqueta oficialmente confesional y no contaba, de nuevo oficialmente, con “patrones” en sus filas.

El desplazamiento de los conflictos sociales hacia las nuevas instancias oficiales de negociación favorece la aparición de un nuevo principio de división. Dentro del propio campo de las empresas, los asalariados burgueses se autonomizan respecto de los patrones o, como dicen a veces los ingenieros-patrones (*ingénieurs-patrons*) de pequeñas empresas para distinguirse de los puros “capitalistas”, respecto de los “trabajadores patronales” (*travailleurs patronaux*). Así, el nacimiento de esta nueva categoría, los “cuadros”, y, con ella, la formación de un *salariado burgués* –es decir, de un grupo que reivindica su pertenencia a dos conjuntos hasta entonces separados (al menos en el pensamiento del mundo social), la “élite”, confundida con la “burguesía”, y, por otra parte, los “asalariados”, vendedores de su fuerza de trabajo y, por tanto, formalmente asimilables a los “obreros”– es el producto del encuentro entre los cambios objetivos que afectan al campo de las empresas y, correlativamente, a las clases y fracciones de clase vinculadas a él, y un trabajo colectivo de redefinición que encuentra en parte su principio en la lucha de clases: para defender sus intereses frente a los obreros, los “cuadros” deben distinguirse formalmente de la “patronal”. Pero es también la lucha de clases y la necesidad de unirse contra la clase obrera lo que impide pensar explícitamente la división y lo que exige al contrario la movilización colectiva y la unificación simbólica de la “clase media”, para la que sólo estaba disponible la

¹⁴ Ver nota 6 (N. del T.).

categoría tradicional de “patrimonio”. La movilización contra la clase obrera contribuyó así a mantener la unión entre fracciones distintas de la burguesía y de la pequeña burguesía, y ello, de forma paradójica, precisamente en un estado de la evolución del campo económico en el que los intereses de las fracciones estrechamente vinculadas con un estado anterior del campo –caracterizado, por decirlo rápido, por la competencia entre empresas independientes y familiares– y las fracciones cuyos intereses están objetivamente vinculados al nuevo estado del campo que se forma entonces –caracterizado por el establecimiento de relaciones financieras complejas entre empresas formalmente distintas, por la dominación de grandes grupos y la burocratización de las relaciones económicas– tienden a divergir de forma cada vez más clara.¹⁵ En síntesis, todo ocurre como si la lucha de clases tuviera el paradójico efecto de ocultar y neutralizar las luchas potenciales entre fracciones de clases con intereses vinculados a diferentes estados del campo de las empresas. Las características paradójicas, señaladas con frecuencia por los comentaristas¹⁶, del “corporativismo” y del “fascismo francés”, donde se mezclan la utopía nostálgica y espiritualista de la vuelta a los orígenes y a las relaciones encantadas entre personas, y la utopía futurista de un universo dominado por la racionalidad y la técnica, en el que las relaciones están mediatizadas por el Estado, no expresa quizá más que esta inmensa negación cuya función es volver aceptable, y, así, posible, la instauración de un modo relativamente nuevo de dominación.

Un nuevo polo de atracción

En 1937, los distintos sindicatos de ingenieros se fusionaron en la *Fédération nationale des syndicats d'ingénieurs*, que reunió a unos 20.000 miembros. Se abrió entonces un debate sobre hasta dónde debía llegar la reunión alrededor de los ingenieros de aquellos a quienes se llamaba entonces con frecuencia los “elementos sanos” de la empresa, es decir, indisociablemente, todos los que estaban listos para oponerse a los sindicatos obreros y los agentes que ocupaban, en las empresas, posiciones de relativa autoridad: los supervisores (*agents de maîtrise*), los agentes técnicos, los representantes, los jefes de servicios comerciales, los contables, etc. En síntesis, todos aquellos que, sin ser “ingenieros”, sin poseer una credencial de ingeniero ni ser investidos con el título, ocupaban posiciones y estaban dotados de disposiciones que les incitaban a alinearse con las posiciones y tomas de posición de los ingenieros. Es precisamente este agregado disperso, sin homogeneidad, sin organización, sin identidad y, hasta entonces, sin nombre, lo que se empieza a designar con el vago término de “cuadro” jugando con la vaguedad de la designación, que permite evitar la pregunta constante sobre quién debe ser incluido y quién excluido del *campo de movilización* que se forma entonces alrededor de los ingenieros.

En algunos aspectos, los ingenieros eran favorables a reunir el grupo más numeroso y poderoso posible en organizaciones en las que estaban destinados a ocupar las posiciones de poder: en esos “sindicatos”, el “ingeniero” será “capaz de usar en la mayor medida la autoridad moral que posee sobre sus colaboradores”, puesto que “debe, por una inclinación natural y también por su cultura, convertirse en su armadura, su alma”. Estos “sindicatos de cuadros” (como la *Confédération générale des cadres de l'économie –C.G.C.E.–*, que se constituye en 1937 por la reunión de un gran número de pequeñas asociaciones de “colaboradores” pertenecientes en concreto a los ámbitos de los seguros, las minas, la aeronáutica, el petróleo, y en la que dominan los supervisores y los “cuadros” subalternos), organizaciones de “reclutamiento no homogéneo”, “a algunos

¹⁵ La concentración económica aumenta fuertemente durante este periodo. Así, por ejemplo, la proporción de la población activa industrial ocupada en establecimientos de más de 500 empleados pasa del 12% al 22% entre 1906 y 1931 (véase Carré, Dubois y Malinvaud, 1972: 24). Pero, sobre todo, los años treinta vieron multiplicarse las relaciones financieras, llevando a una concentración a nivel de los grupos financieros (Denuc, 1939). Jules Denuc ve en el crecimiento de las relaciones financieras entre empresas, en el desarrollo de agrupaciones de sociedades e incluso en la “simple relación personal” entre administradores de diferentes sociedades, uno de los fenómenos económicos fundamentales de los años treinta.

¹⁶ Véase, por ejemplo, Müller, 1976.

les parecen responder mejor a las necesidades, porque son más masivos y crean vínculos útiles, especialmente en caso de perturbaciones sociales” (*Echo de l’USIC*, marzo de 1939). Pero, puesto que los “sindicatos de ingenieros” eran a la vez organizaciones de “masa” cuya fuerza se basaba en su poder de movilización y, como las *grandes écoles* de las que sus miembros son con frecuencia egresados, “clubs” o, si se quiere, sociedades con participación en beneficios en las que cada uno posee a título personal el capital simbólico acumulado por todo el grupo, la fusión en una misma organización de los ingenieros más cualificados y de los cuadros sin títulos encerraba un riesgo de contaminación social, de caída en lo común y, finalmente, de disgregación. En los “sindicatos de cuadros”, los ingenieros tuvieron ciertamente el “papel de líder (*entraîneur*)”. Pero se temía que “en muchos casos fueran desbordados por el número” (*Echo de l’USIC*, febrero de 1937).

El agrupamiento alrededor de los ingenieros pudo realizarse, pero en determinadas condiciones: sólo era aceptable si los ingenieros ocupaban en las empresas, en las organizaciones corporativas y en la vida social una posición dominante; si los valores de los que eran portadores eran reconocidos unánimemente; si el “papel social” que elaboraron constituía un esquema de identificación bastante poderoso para que los dominantes-dominados de las empresas, cuadros subalternos y “pequeños jefes”, estuvieran condenados a construir su identidad social a su imagen. Estas condiciones se reunieron bajo el gobierno de Vichy. El poder de Vichy creó las condiciones que favorecerían la objetivación de este nuevo grupo, aunque sólo fuera confiriéndole a la categoría de los “cuadros” una existencia legal. La *Charte du travail*¹⁷ extendió y oficializó el término “cuadro” (tomado del ejército) institucionalizando, de acuerdo con la ideología de la Tercera Vía, el Tercer Partido, realizado en los *comités sociaux* en la forma de una tercera parte de desempate (*un tiers-départageant*) que reunía a técnicos, supervisores, ingenieros, cuadros administrativos, etc. Además de los comités sociales tripartitos, cuyo segundo colegio tenía la función de “reunir a los cuadros de todas las afiliaciones” y de “facilitar su integración en los organismos profesionales”, Vichy creó un Comité Nacional para el reagrupamiento de los “cuadros”. Bajo Vichy, la ideología se convirtió en práctica eficaz. La primera función de los comités tripartitos era la de dejar en minoría a los representantes de la clase obrera, que poseían una voz contra una de los cuadros y otra de los patrones. Desde 1941, en las notas que el *Echo de l’USIC* dedica regularmente al establecimiento de las instituciones corporativas (los Comités d’organisation professionnels en 1941, la *Charte du travail*, etc.), el término “cuadro” aparece casi siempre unido al de “ingeniero”: se hablará a partir de entonces comúnmente de “ingenieros y cuadros”. Juntos constituyen “una especie de clase media de la producción”. Más aún, el término “cuadro” es usado cada vez más por los ingenieros para designar únicamente el vasto agregado al que en adelante estarán vinculados. Para designarse a sí mismos.

Los “ingenieros”, a pesar de las reticencias de la fracción dominante de los ingenieros titulados a admitir en sus filas a individuos mal definidos que ocupaban posiciones de poder intermedio en las empresas, proporcionaron la “armadura” a la que diversas fracciones vendrían a agregarse para constituir un conjunto objetivamente heterogéneo pero suficientemente unificado como para imponer la creencia en su existencia como grupo social específico y “nuevo”. En efecto, no se podrían comprender una serie de propiedades socialmente reconocidas al grupo si no se viera lo que éste debe al trabajo de representación social realizado por los ingenieros y, más concretamente, por su vanguardia, los ingenieros católicos, formados por los jesuitas y egresados de las *grandes écoles* (sobre todo de la *École Centrale*), etc.

Como muestra este ejemplo, los agentes se agruparon alrededor de polos de atracción que podrían llamarse explícitamente “cuadros” o podrían no estar designados en el lenguaje cotidiano por ningún sustantivo, pero que son el producto de un trabajo social de representación que se ejerce no sólo en el orden de las *representaciones mentales* (categorías de pensamiento y esquemas de percepción del mundo social) y en el de las *representaciones sociales* (en el sentido que la psicología social americana da al concepto de “*display*”), sino también en el orden de la *representación política*, en el sentido de la delegación por la cual un grupo se dota

¹⁷ *Charte du travail*: texto promulgado en 1941 que implementaba la reestructuración de las relaciones laborales del régimen de Vichy (*N. del T. I.*).

de instancias oficiales habilitadas para hablar y actuar en su nombre, para encarnarlo en la lucha que le opone a los otros grupos y clases. Estos grupos ilustrativos, que funcionan como polos, están rodeados por campos gravitatorios, o campos de movilización, que reúnen, en grados variables de pertenencia, a agentes que no poseen necesariamente –y cada vez menos, conforme nos movemos del centro a los márgenes– las propiedades objetivas por las que el grupo se define y que manifiesta en su representación arquetípica.

Un grupo con éxito

No fue hasta los años sesenta, con la importación de nuevos modelos sociales tomados de los Estados Unidos, cuando el trabajo de objetivación de la categoría de “cuadro” se completó (Boltanski, 1983). En los cincuenta, el grupo se enraizó cada vez más en las instituciones y organizaciones, tomó conciencia de su propia existencia y, así, se realizó plenamente. La categoría de los “cuadros”, desconocida antes de 1936 y aún mal definida en los años posteriores a la guerra, ocupa ahora una posición central en la representación dominante del mundo social.

El grupo ha tenido éxito en el sentido en que ha conseguido acumular las pruebas “objetivas” de su existencia. No se ha fragmentado y desintegrado como la “clase media” a la que su destino estaba ligado inicialmente, un agregado inestable, siempre a rehacer, cuyos portavoces no consiguieron asegurar su supervivencia dotándola de instituciones y de sistemas de representación suficientemente duros, duraderos, objetivados para que se le reconocieran las propiedades de un ser social “objetivo”. Para comprender cómo la categoría de los “cuadros” pudo imponerse, con la fuerza de una cosa, incluso a aquellos agentes e instituciones (en particular, el Partido Comunista y la CGT) contra los que se había formado inicialmente, tenemos que recordar las propiedades del trabajo de objetivación que el grupo llevó a cabo sobre sí mismo.

La primera tarea es la representación jurídica. Es la condición de la *delegación* que hace existir a la persona colectiva por el misterio de su encarnación en unas personas físicas autorizadas a personificarla. Contribuye así, como decía Hobbes, a hacer de una “multitud de hombres” “una sola persona” y de un grupo un “ser personificado” (1914: 83-86). Con la institucionalización de los conflictos sociales y la constitución de instancias oficiales de negociación que caracteriza al modo de regulación de las relaciones entre clases prefigurado en 1936 y establecido tras la Liberación, la formación de una persona colectiva jurídicamente reconocida y su encarnación en personas físicas autorizadas se convierte en una de las condiciones que deben cumplir los grupos sociales para obtener una especie de visibilidad social y para defender eficazmente sus intereses económicos y políticos. La administración, que se considera el “árbitro” de las luchas sociales, no conoce de los “grupos” más que a sus “representantes”, y quienes hablan en nombre de esta abstracción, el “Estado”, reclaman “agentes sociales (*partenaires*)” o, como suelen decir los altos funcionarios, “interlocutores” de carne y hueso. Las instancias administrativas no reconocen oficialmente la existencia de un grupo y a veces, incluso, no disciernen su presencia más que si está jurídicamente constituido y representado. El discurso administrativo no conoce más que dos especies de seres: la persona moral abstracta y la persona física que la representa. De ahí esa especie de balanceo (que caracteriza también, con frecuencia, a la historia política) de lo abstracto a lo concreto, de la geopolítica a la “psicología” de los “dirigentes”, del sujeto de derecho a la “persona humana”, de las “reuniones en la cumbre” a las anécdotas de pasillo.¹⁸ La representación jurídica tiene también el efecto de acelerar la institucionalización del grupo, su enraizamiento en el orden de las co-

¹⁸ Se puede encontrar un ejemplo paradigmático del discurso administrativo sobre las “clases medias” y sobre los “cuadros” en una obra, publicada en 1961, cuyos autores pertenecen al Conseil d’État (S. Grévisse, N. Questiaux, M. Morisot, G. Guillaume, H. Roson y M. Gentot, 1961). El capítulo dedicado a las “clases medias” y a los “cuadros” hace la pregunta ritual de la unidad, de la coherencia y de las “fronteras” de la categoría. Pero únicamente en el lenguaje de la representación jurídica: ¿quién representa a las clases medias? ¿Quién está autorizado a hacerlo? ¿Bajo qué condiciones pueden ser reconocidas?

sas. La objetivación del grupo en una persona colectiva jurídicamente definida, y de la persona colectiva en un “aparato” institucional, contribuyen a hacer del grupo un ser social más duro y más duradero que el agregado de agentes que reivindican su pertenencia a él y lo mantienen. Por un lado, la institucionalización permite la autonomización relativa de las posiciones respecto de los agentes. Crea secretarios, presidentes, directores, animadores, consejeros, etc., que pueden sucederse en el mismo puesto sin tener que volver a hacer, de la nada, todo el trabajo realizado por sus predecesores. Permite también poner al servicio del grupo, además de los agentes y las palabras, leyes, edificios, créditos, técnicas, rutinas, objetos familiares que acentúan su presencia (como cuando se habla, en el discurso oficial, de la “presencia de la Iglesia” o de la “presencia de Francia”). Por otro lado, el establecimiento de reglamentos de aspecto cuasi-jurídico, de una división del trabajo de representación, de mecanismos institucionales de reproducción, de procedimientos burocratizados de toma de decisión y, más generalmente, de un conjunto de rutinas aceptadas en la forma de lo dado-por-hecho (*cela-va-de-soi*), vuelven el destino de la persona colectiva menos dependiente del juego de las acciones e interacciones entre agentes (es decir, sobre todo entre portavoces) y, por tanto, menos vulnerable. Y lo hace un poco como los métodos tayloristas de organización del trabajo, transfiriendo la competencia incorporada de los obreros al universo técnico de la organización, hacen, en la cadena, el proceso de producción relativamente independiente de las propiedades y las aptitudes de los agentes, en adelante intercambiables en un mismo puesto (solamente en este sentido puede compararse la institución con una “máquina” de acuerdo con la imagen, hoy rutinizada en Francia, del “aparato”).

Pero las representaciones sociales cotidianas que los portavoces autorizados –a la vez mandatarios y actores– daban del “cuadro” realizado contribuían también a hacer de la categoría de los cuadros un polo de atracción y un punto destacado del espacio social. La “acentuación dramática”, como dice Goffman, tenía el efecto de ordenar, de simplificar y, así, de estilizar la forma del grupo. El trabajo de estilización era necesario para conferir a este agregado heterogéneo un mínimo de estabilidad estructural: la estilización de las propiedades del grupo limita a la vez su inmersión en conjuntos más amplios, en los que se arriesgaría a desaparecer en tanto que forma social específica, y su fraccionamiento hasta el infinito, engendrado por una atención centrada en las diferencias internas. Todo ocurre como si el grupo estuviera dotado de una forma relativamente estable, de una buena forma, cuando, por hacer la analogía con el mundo de los objetos, se fija la distancia correcta a la que debe ser observado para verlo en lo que tiene de particular y único. Ni de demasiado lejos –se confunde entonces con su entorno–, ni de demasiado cerca –sólo los detalles aparecen (como cuando se mira, con un gran aumento, una bola de acero pulido).

La cuasi-institucionalización que tuvo lugar entre los años treinta y sesenta le dio así al grupo un carácter a la vez duradero e incontestable. ¿Qué podría ser más “objetivo” que estos cuasi-objetos: un centro de formación para “cuadros”, un seminario de “cuadros”, una asociación para el empleo de los “cuadros”, o un fondo de pensiones para “cuadros”? La representación ganaba fama y la palabra de los portavoces o el crédito “personal” que podían poner al servicio de su causa dejaban de ser los únicos instrumentos de movilización. Cada agente singular, candidato al título de “cuadro” o recién nombrado, encontraba el grupo ya hecho, fuera de él y antes que él, con sus propiedades paradigmáticas y sus estereotipos. Podía acceder pero sin tener que constituirlo, ser definido por él sin tener que definirlo, formado sin tener que darle forma, preguntarse sobre el misterio de su sustancia (“*Cuadros, ¿quiénes sois?*”, como suelen preguntar las revistas) sin tener que volver al misterio (en adelante reprimido) de su nacimiento. Como si hubiera estado ahí toda la eternidad.

Bibliografía:

- Boltanski, L. (1983): "Management in post-war France", *Theory and Society*, 12(3): 375-403.
- Bourdieu, P.; Boltanski, L. (1975): "Le titre et le poste", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 2: 95-107.
- Cahen, L. (1953): "Evolution de la population active en France depuis 100 ans d'après les dénombrements quinquennaux", *Etudes et Conjoncture*, 3 (Mayo-Junio).
- Carré, J.-J.; Dubois, P.; Malinvaud, E. (1972): *La croissance française*. París: Seuil.
- Clerc, H. (1939): *Pour sauver les classes moyennes*. París: Tallandier.
- Denuc, J. (1939): "Structure des entreprises", *Revue d'Economie Politique*, 53(1): 220-270.
- Desqueyrat, A. (1939): *Classes moyennes françaises: crise, programme, organisation*. París: Spes.
- Desrosières, A. (1977): "Eléments pour l'histoire des nomenclatures socio-professionnelles", en *Pour une histoire de la statistique*, París: INSEE, pp. 155-232.
- Didier, M.; Malinvaud, E. (1969): "La concentration de l'industrie s'est-elle accentuée depuis 1900?", *Economie et Statistique*, 1(2): 3-10.
- Droulers, P. (1969): *Politiques sociales et christianisme. Le Père Desbuquois et l'action populaire*. París: Editions Ouvrières.
- Grévisse, S.; Questiaux, N. et al. (1961): *Succès et faiblesses de l'effort social français*. París: Armand.
- Hobbes, T. (1914): *Leviathan*. London: Dent.
- Jacquin, F. (1955): *Les cadres de l'industrie et du commerce en France*. París: Armand Collin.
- Loubet del Bayle, J. L. (1969): *Les non-conformistes des années 30*. París: Seuil.
- Mayeur, J. M. (1977): "Le catholicisme social en France", *Mouvement Social*, 77: 113-121.
- Müller, K. J. (1976): "French fascism and modernization", *Journal of Contemporary History*, 11(4): 75-108.
- Poulat, E. (1977): *Eglise contre bourgeoisie*. París: Casterman.
- Semaines Sociales de France (1939): *Le problème des classes dans la communauté nationale et dans l'ordre humain*. Lyon: Chroniques Sociales de France.
- Toutain, J.-C. (1963): "La population de la France de 1700 à 1958", *Cahiers de l'ISEA*, 3, suplemento nº 133, serie AF, enero.